PLUMA INVITADA

Lecciones de cocina

POR LUISGE MARTIN

Desde que se popularizó el melón con jamón como plato exquisito, en el tardofranquismo, y las nuevas cocinas internacionales difundieron luego las mezclas inverosímiles de sabores –el mango sobre carne de cerdo o el puré de piña condimentando un guiso de bacalao–, nos ha dado por creer que cualquier combinación es posible, legítima y razonable. Ser gay y del PP, por ejemplo. O ser gay y católico. Pues no. Algunas mixturas, digan lo que digan los Ferran Adrià de la moral, son meras patologías, y tienen en castellano nombres sonoros: esquizofrenia, neurosis obsesiva o simple necedad.

Se puede ser gay y de derechas, por supuesto. Se puede ser gay y pensar que para el desarrollo social es mejor –pongamos por caso– bajar los impuestos y privatizar la gestión de los servicios públicos. También se puede ser gay y creer en Dios, faltaría más. Ser gay y cristiano (o musulmán). Leer la Biblia cada noche, rezar y tener en la billetera estampitas de algún santo. Se puede incluso ser gay y comer potaje los viernes de Cuaresma (con o sin guarnición de pera en almíbar). Pero ser gay y tenerle lealtad a don Benedicto y a la curia episcopal española sólo puede ocurrir en un alma enferma. En un alma que no pasaría la ITV psicológica –por traumas, psicosis, sublimaciones o acomplejamientos– en ninguno de los talleres mentales disponibles en el mundo.

La verdad es que no damos abasto. Es un sinvivir. Uno no sabe a qué majadería prestar atención, pues se suceden con una velocidad de vértigo asombrosa. Y lo peor, en realidad, no son las burradas que se dicen, sino la imbecilidad que las sustenta. Después de asegurar que la homosexualidad y la pederastia son primas hermanas, el insigne y ya célebre obispo de Tenerife aseguró que sólo aproximadamente un 6% de los homosexuales lo son por razones biológicas. El resto (el 94%) llegan a la homosexualidad por vicio. "La persona la practica como puede practicar el abuso de menores. Lo hace porque le atrae la novedad, una forma de sexualidad distinta".

Es decir, que un chaval de dieciséis años, o de veinte, aburrido ya de acostarse con la vecina de la que está enamorado o con la compañera de clase de caderas anchas y tetas grandes, decide que ha llegado la hora de buscar fórmulas nuevas de placer y, salivando de pura lascivia, se mete en unos urinarios de El Corte Inglés o se pone a cuatro patas en el cuarto oscuro del Strong. Pero no acaba ahí la cosa, según el razonamiento de su eminencia: la homosexualidad es tan poderosa, tan fascinante (yo, desde luego, nunca me habría atrevido a decir tanto, pero si lo hace un obispo algo de verdad debe haber), ¡que el chaval ya nunca vuelve a su naturaleza biológica y se queda de maricón para siempre! ¡Dónde nos está llevando Zapatero, cielo santo!

Yo ya no estoy seguro de si pertenezco al 6% de biológicos o al 94% de viciosos. Empezaron a gustarme los chicos, sin previo aviso, a los doce o trece años, y sobre esa edad me enamoré con toda pureza de un compañero de pupitre guapo y algo enclenque. Eso me convertiría, creo yo, en uno de los biológicos, pero he andado preguntando a mi marido y a mis amigos gays y resulta que todos sin excepción tuvieron experiencias semejantes. He interrogado también a dos conocidos canarios, no fuera a ser que el obispo estuviera citando una estadística local, pero a ellos les ocurrió exactamente lo mismo. Así pues, no me ha quedado otro remedio que llegar a la conclusión de que hay vicio incluso donde no sabemos verlo y de que todos aquellos que nos creemos puros e inocentes podemos ser en realidad sabandijas depravadas.

No voy a decir que vivimos en una sociedad en la que se premia la excelencia y en la que los mejores dirigen y triunfan, pero debo confesar que no se me ocurre ningún otro ámbito en el que la imbecilidad importe tan poco como en el eclesial. Ni siquiera en el político, tan voluble, se premia tanto a los necios y se les muestra tanto público respeto. El obispo de Tenerife y los otros obispos que andan estos días diciendo lindezas parecidas –travestidos con sus faldas de buen paño, eso sí– son unos homófobos, unos retrógrados y unos intolerantes, no cabe duda, pero sobre todo son unos ignorantes de tomo y lomo. Unos imbéciles, en el uso del Diccionario de la Academia: alelados, faltos de razón. No saben nada de la homosexualidad ni de la sexualidad. No saben nada del placer ni del sufrimiento, del amor, de la ternura que se siente al abrazar a alguien con quien se quiere compartir la vida, de lo apasionante o de lo tedioso que puede resultar convivir con una persona, de lo doloroso que es el desamor, de las razones o de las sinrazones que le hacen a uno elegir un pene o una vagina para llenar el corazón o, simplemente, para llenar la cama. No saben nada pero hablan como asnos ilustrados. Nos dan lecciones de moral y hasta de sexología. E inventan estadísticas para adornarlas.

Y todavía algunos piden respeto para la Iglesia y sus doctores. ¿Respetaríamos a alguien que le echara al gazpacho nata montada o miel de abeja? Yo no, desde luego. A lo mejor es que soy muy conservador en cuestiones culinarias.

LUISGE MARTIN ES ESCRITOR. SU ULTIMA ORA PUBLICADA ES LA NOVELA *LOS AMORES CONFIADOS* (ALFAGUARA).